

# 1811, un año clave en GuÅ-a

martes, 06 de febrero de 2007

Modificado el viernes, 22 de enero de 2010

1811, año de grandes coincidencias en GuÅ-a

En 1811 regÅ-a el pueblo, en calidad de Alcalde Real, don JosÅ Almeida DomÅnguez y destacaban como figuras preeminentes nacidas en GuÅ-a tres nombres propios que han pasado a la historia de Canarias: el escultor JosÅ Lujan PÅrez, el canÅnigo y diputado, Pedro JosÅ Gordillo y el militar y poeta, Rafael Bento y Travieso. Por otro lado, de todas las epidemias que azotaron las islas Canarias en el siglo XIX dos fueron las mÅs cruentas, las que tuvieron gran virulencia, las de mayor incidencia en la poblaciÅn. Las que ausaron mayores estragos: la de fiebre amarilla, de 1811 y la del cÅlera morbo de 1851. Y, por si fuera poco, en pleno padecimiento de los efectos de la epidemia apareciÅ una nueva plaga, la de langosta que arrasÅ, materialmente, todo lo que estaba plantado y que hizo protagonizar a los vecinos de las medianÅ-as guenses aquella famosa promesa que si les libraba el Cielo de la plaga, cada aÅo sacarÅ-an a la Virgen de GuÅ-a en procesiÅn. CumpliÅse el ruego, lloviÅ tanto en la comarca que las aguas acabaron con la cigarra y desde entonces en GuÅ-a se celebra cada septiembre la votiva y popular fiesta de "Las MarÅ-as". Por Pedro Gonzalez-Sosa.

**ESTRAGOS DE LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA DE 1811** Pedro GonzÅlez-Sosa\* De todas las epidemias que azotaron las islas Canarias en el siglo XIX dos fueron las mÅs cruentas, las que tuvieron gran virulencia, las de mayor incidencia en la poblaciÅn. Las que causaron mayores estragos: la de fiebre amarilla, de 1811 y la del cÅlera morbo de 1851. Al menos ocurriÅ asÅ- en la entonces villa de GuÅ-a, donde fue muy elevado el nÅmero de vÅctimas mortales. Si bien otras epidemias de fiebre amarilla y de cÅlera que se presentaron tambiÅn en el pasado siglo, su huella se dejÅ sentir la desolaciÅn, aunque en menor proporciÅn, e hizo mella entre los vecinos.

En la epidemia de 1811 murieron en la villa de GuÅ-a, o, al menos sospechosos de ella, 267 personas, entre hombres y mujeres, mayores y niÅos, segÅn se ha podido determinar, estudiar y recopilar de los Libros Sacramentales de la iglesia parroquial de GuÅ-a, cuya relaciÅn estÅ en uno de los apÅndices. En la del cÅlera morbo de 1851, hubo que lamentar por lo menos 164 vÅctimas mortales, segÅn una estadÅstica que llevÅ el Ayuntamiento, numÅrica y sin nombres, pues fue tal el pÅnico y los efectos causados por la epidemia que, muerto el Beneficiado de GuÅ-a, don Francisco Almeida a consecuencia de ella, dejÅ de llevarse el Libro de Defunciones que se reiniciÅ acabados los estragos.

SÅlo la inquieta preocupaciÅn de un Colector de la parroquia guÅ-ense, don Francisco Quintana Amara!, personaje curioso sobre el que podrÅ escribirse un libro no sÅlo por el devenir de su ajetreada vida, sino por lo recurrente de su : carÅcter, hizo posible que en esta ocasiÅn, se pueda contar con el inicio de una relaciÅn de los primeros que murieron de la epidemia de fiebre amarilla o sospechosos de ella, que se ha podido completar â€œal caer el afectado de la enfermedad, aunque no sucumbiÅ a ellaâ€œ con el Libro de Defunciones.

Lo que pretendemos aquÅ- es aportar nuevos datos sobre las epidemias que hicieron acto de presencia en la isla, y mÅs concretamente la de 1811, contribuyendo asÅ- al conocimiento de esta parcela de la historia mÅdica de Gran Canaria que con tanto acierto hizo el Dr. Don Juan Bosch Millares.

El lector, sobre todo de GuÅ-a, verÅ en esta relaciÅn antepasados suyos. Antepasados muy recientes, pues se trata de los padres de nuestros bisabuelos y en algunos casos, incluso, de algunos bisabuelos de quienes aÅn viven o reciÅn murieron.

Se trata, en definitiva, de saber cuÅiles fueron los estragos de esta enfermedad. Conocer los protagonistas. Descubrir hechos, acontecimientos y nombres propios cuya vinculaciÅn a la historia guÅ-ense es patente.

## SITUACIÅN POLÅTICA Y SOCIAL

La apariciÅn de la epidemia de fiebre amarilla en Canarias vino a distraer un poco â€œo muchoâ€œ a los habitantes de las islas de aquellas otras preocupaciones polÅticas y sociales en que estaba inmerso el ArchipiÅlago en aquel momento: porque las islas no fueron ajenas a la alegrÅa que supuso para el paÅ-s, en 24 de septiembre de 1810, la instalaciÅn de las Cortes en la naciÅn que habÅ-an sido prometidas desde hacia un aÅo 49. Las islas se vieron, igualmente, inmersas en un ajeteo polÅtico que hasta entonces le habÅ-a sido vetado. Y se dispuso a elegir a sus representantes en las futuras Cortes. Fueron nombrados, por Tenerife, don Santiago Key y don Fernando de Llarena; por la isla de Gran Canaria el canÅnigo guÅ-ense, don Pedro JosÅ Gordillo y Ramos y por las demÅs islas, don JosÅ Antonio RuÅz PadrÅn, un fraile secularizado, gomero Ål, que habÅ-a sido anteriormente abad franciscano de San MartÅn de Valdeorras, en Astorga. Dejemos descansar los avalares y enfrentamientos polÅticos que estos acontecimientos supusieron para las siempre complicadas relaciones entre las dos "islas mayores" del ArchipiÅlago queriendo cada cual la hegemonÅa de Canarias. Mientras que los polÅticos estaban de lleno metidos en estos acontecimientos, los vecinos de las islas tenÅ-an otras preocupaciones mÅs graves: cÅmo se iban muriendo miembros de sus familias que, en algunos casos, llegÅ a elevarse a siete el nÅmero de una misma.

En esta situaciÅn polÅtica tambiÅn estaba la villa de GuÅ-a. En lo econÅmico, la apariciÅn de la epidemia hizo notar su repercusiÅn. La falta de cuidados de los cultivos y, en general, de la agricultura propiciÅ la pÅrdida de cosechas enteras de los mÅs variados productos de la tierra. Y, por si fuera poco, en pleno padecimiento de los efectos de la epidemia apareciÅ una nueva plaga, la de langosta que arrasÅ, materialmente, todo lo que estaba plantado y que hizo protagonizar a los vecinos de las medianÅ-as guenses aquella famosa promesa que si les libraba el Cielo de la plaga, cada aÅo sacarÅ-an a la Virgen de GuÅ-a en procesiÅn. CumpliÅse el ruego, lloviÅ tanto en la comarca que las aguas

acabaron con la cigarra y desde entonces en GuÅ-a se celebra cada septiembre la votiva y popular fiesta de "Las MarÅ-as".

Es una lÅístitima que en el Archivo Municipal de GuÅ-a estÅ©n trasapelados â€"suponemosâ€" toda la documentaciÅ³n de esta Å©poca, pues de momento sÅ³lo pueden ser consultadas las actas a partir de 1840. En el traslado de las oficinas municipales del viejo caserÅ³n de la calle de Enmedio al nuevo edificio de la Plaza, en tiempos de la alcaldÅ-a de Rafael VelÃ¡zquez GarcÅ-a, debiÅ³ trasapelarse esta documentaciÅ³n, pues recuerda el cronista haberla consultado mÃ¡s de una vez a finales de la dÃ©cada de los cincuenta e, incluso, a principios de los sesenta.

Pero esta situaciÅ³n, en GuÅ-a, no era distinta de las de los otros pueblos de Gran Canaria. Eminentemente agrÅ-cola, con algunos incipientes negocios â€"fabricantes de sombreros, herrerÅ-as, etc.â€" la vida transcurrÅ-a entre la monotonÅ-a propia de un pueblo con un censo de alguna importancia. SÅ³lo, de vez en cuando, el vecindario altera su monotonÅ-a con las noticias que en orden polÃ-tico llegaban de la Ciudad.

JOSÅ‰ LUJAN PÅ‰REZ, PEDRO JOSÅ‰ GORDILLO Y RAFAEL BENTO Y TRAVIESO

En este aÃ±o de 1811 regÅ-a el pueblo, en calidad de Alcalde Real, don JosÅ© Almeida DomÃ-nguez y destacaban como figuras preeminentes nacidas en GuÅ-a tres nombres propios que han pasado a la historia de Canarias: el escultor JosÅ© Lujan PÅ©rez, el canÃ³nigo y diputado, Pedro JosÅ© Gordillo y el militar y poeta, Rafael Bento y Travieso.

Pero, Å¿quÅ© hacÅ-an estos ilustres personajes guinenses entre finales de 1810 y 1811?

JosÅ© Lujan PÅ©rez recibÅ-a el encargo del Cabildo Catedral para hacer una nueva imagen de la Virgen de la Antigua que sustituyera aquella otra que se veneraba gracias a la fundaciÅ³n del DeÃ¡n don Zoilo RamÃ-rez, y contemplaba cÃ³mo se colocaban las doce estatuas de los apÅ³stoles en el Cimborrio de la Catedral en septiembre de 1810; o seguÅ-a trabajando en las obras del frontis del primer templo catedralicio.

Gordillo y Ramos estaba en CÃ¡diz pues habÅ-a sido elegido Diputado en Abril de 1810. Gordillo, ya se sabe, "habÅ-a sido un miembro destacado de la conspiraciÅ³n de los primeros dÃ-as de mayo de este aÃ±o, en los que el Cabildo Catedral actuaba contra la Audiencia, para el establecimiento de un gobierno autÃ³nomo".

Y Rafael Bento y Travieso, seguÅ-a viviendo en GuÅ-a por su calidad de militar, teniente de capitÃ¡n y juez militar y civil en el pueblo, y hubo de padecer directamente los efectos de la epidemia, porque su mujer, doÃ±a Fermina FernÃ¡ndez, muriÅ³ de la fiebre amarilla, marchando luego el poeta a Sevilla y durante cuya ausencia se le instruyÅ³ por la InquisiciÅ³n un proceso, con las denuncias de ciertos personajes religiosos guinenses de la Å©poca, "por las blasfemias que hizo contra Dios y la religiÅ³n".

Ante este panorama y en esta situaciÅ³n llega el contagio de la fiebre amarilla a GuÅ-a por culpa del viaje que desde Las Palmas realizÅ³ al pueblo una mujer, vecina de allÅ-, que muriÅ³ casi sin que nadie se diera cuenta que habÅ-a fallecido contaminada y que al contagiar a su familia propagÅ³ el virus, primero en su casa y desde allÅ- a todo el pueblo. Esto ocurrÅ-a, exactamente, el 26 de agosto de 1811.

#### APARICIÅ³N DE LA EPIDEMIA EN LAS ISLAS

La epidemia de fiebre amarilla de 1811 dejÅ³ sentir sus efectos inicialmente en la vecina isla de Tenerife, a principios de 1810 a donde llegÅ³ el virus procedente del Puerto de CÃ¡diz por transmisiÅ³n a cargo de algÅ³n pasajero de cualquiera de los navÃ-os que transitaban entre Canarias y la PenÃ-nsula.

Los estragos en la vecina isla fueron notorios, lo que hizo que, debido al trÃ¡fico de barcos entre Tenerife y Gran Canaria se tomaran las debidas precauciones por parte de las autoridades de la isla en colaboraciÅ³n con los responsables sanitarios. En algunos casos, las medidas fueron concretas, como la vigilancia de las costas para evitar la entrada clandestina y sin control de pasajeros que pudieran transmitir el mal. Notorio fue un bando hecho pÅ³blico por la Junta de Sanidad de Gran Canaria en el que se ordenaba poner vigilancia a los barcos con sus tripulaciones que habÅ-an arribado procedente de cualquier punto de Tenerife al Puerto de la Luz, despuÃ©s de hacer su trÃ¡fico comercial con GÃ¡ldar y Santa Cruz.

Los efectos de la fiebre fueron en aumento en Tenerife con tal magnitud que ante la visita de un emisario de Gran Canaria al CapitÃ¡n General, Å©ste confirmÅ³ la existencia y se apresurÅ³ a pedir ayudas, sobre todo "vÃ-veres, por lo que se embarcÅ³ por el Puerto de Sardina de GÃ¡ldar 27 reses vacunas y 200 carneros al mando de un hombre".

Pero las preocupaciones fueron inÃ³tiles. No se pudo evitar que de Tenerife saliera algÅ³n que otro navÃ-o para Gran Canaria portando el virus, en los momentos en que la epidemia hacÅ-a mÃ¡s estragos allÅ-. AsÅ- que llegÅ³ a Gran Canaria la fiebre amarilla a principios del mes de octubre: gentes de Tenerife queriendo salvarse de los efectos y estragos de la enfermedad embarcaron en algunos navÃ-os sin orden ni control. Y sin orden ni control â€" una vez desembarcados por el Puerto de Sardina de GÃ¡ldarâ€"56 empezaron a desperdigarse por la isla. A los dos o tres dÃ-as de su arribada, se tuvo el primer aviso o sÅ-ntoma en la Cuesta de Silva, de la jurisdicciÅ³n de GuÅ-a â€"proximidades del lugar donde estÃ¡ el Cenobio de ValerÃ³nâ€" habÅ-a enfermado uno de aquellos pasajeros y muriÅ³ a los cinco dÃ-as de su arribada.

Fue asÅ- cÃ³mo la epidemia enraizÅ³ entre las gentes de Gran-Canaria y sus efectos fueron de tal magnitud que los mÃ©dicos de la Å©poca â€"doctores Antonio Roig, Bautista Bandini, Francisco PaÃ±o y NicolÃ¡s NegrÃ³nâ€" no daban abasto sus intervenciones entre los afectados. Pese a las precauciones y toda clase de medidas tomadas, fue imposible que la fiebre se propagara por toda la isla. Y la villa de GuÅ-a tampoco se librÅ³ de sus virulentos efectos.

#### LA EPIDEMIA EN GUÅ-A

La epidemia llegÅ³ a GuÅ-a portada por una mujer, MarÅ-a Guadalupe BenÃ-tez Gramas, soltera, que habÅ-a salido de Las Palmas con pasaporte; esto es, con un permiso especial para poder romper el cordÃ³n establecido en la Ciudad una vez que, despuÃ©s de tantas vicisitudes, fue declarada la epidemia.

En realidad, la muerte de MarÅ-a Guadalupe BenÃ-tez Oramas se creyÅ³ en el pueblo que habÅ-a sido por causa natural. De ahÅ- que su cadÃ¡ver fuera enterrado en la iglesia parroquial, prÃ¡ctica habitual desde siempre y hasta unos dÃ-as despuÃ©s en que, por mor de esta epidemia, se abriÅ³ el que serÅ-a el primer cementerio de GuÅ-a, como luego veremos.

Nadie imaginó que esta mujer fuera portadora del virus. Pero había invadido su casa y contagiado a su familia. De esta forma comienza a cebarse la muerte de otros miembros de la familia, lo que dio pie para que las autoridades del pueblo, junto con las sanitarias, tomaran cartas en el asunto.

María Guadalupe muri  el 26 de agosto. Cuatro días después, el 30, su abuela materna, Lorenza Fernández, viuda de Antonio Gramas; el día 16 de septiembre, su abuela paterna, María Isabel Ramos; el día 19, su padre, Blas Benítez Ramos y al día siguiente, 20 de septiembre, su madre, Bernarda Gramas Hernández.

A partir de aquí la epidemia campea a sus anchas por el pueblo y los fallecimientos se irán sucediendo "algunos días hasta nueve y en ocasiones, siete u ocho miembros de una misma familia" hasta el 8 de enero de 1812. En total, según la estad stica realizada a base de los Libros Sacramentales y otros documentos, por lo menos 267 personas murieron en el casco, pues no est n registradas ni contabilizadas las posibles muertes en los pagos o barrios de las median as, aunque rara vez se bajó al pueblo algún que otro cadáver para ser sepultado en La Atalaya.

En este periodo se producen, mensualmente, los siguientes fallecimientos: 1, en agosto; 3, en septiembre; 91, en octubre; 106, en noviembre 60, en diciembre y seis en enero siguiente. Son varones, 122, y 145 hembra. De los hombres, solteros fueron 51 (de los que tres sacerdotes, entre ellos el beneficiado), 45 casados, 12 viudos y 14 niños. De las mujeres, 62 solteras, 33 casadas, 37 viudas y 13 niñas.

La enfermedad se da por propagada en la localidad, alarmado el pueblo y sus autoridades y pese a la guardia que en los primeros días se puso en la casa de la familia que sufrió las primeras bajas, "pasados diez días volvieron a presentarse otros casos, sin diagnóstico, con una mortalidad de cinco, porque en Guía "como en Las Palmas" se segu  a negando la existencia de la fiebre amarilla".

No ha sido posible seguir al detalle la evolución o desarrollo de la enfermedad, ni cuales fueron las actuaciones y decisiones de las autoridades pol ticas y sanitarias. La falta de documentación en el Archivo Municipal al respecto -al menos conocida por nosotros y mucho menos localizada- privan de este conocimiento fundamental. Pero baste seguir la evolución, en su conjunto, en la isla, para saber que la epidemia causó muchos estragos, que se hizo imposible pararla, que debió cundir el p nico al tiempo que la improvisación y que las condiciones sociales de la época hacían posible y más fácil el contagio entre los vecinos que no podían salir del pueblo para refugiarse en los barrios de las median as, en sus propiedades o en casa de amigos o familiares.

El cura no daba abasto para administrar los Sacramentos; la mayoría mor a sin recibirlos o, en último extremo, sólo los Santos  leos y tambi n casi todos morían sin testar: muy pocos por no darle tiempo y la mayoría por carecer de nada o casi nada que dejar en la testamentaría.

El contagio "como luego veremos" lleg  incluso al Beneficiado, don Francisco Almeida, que mori  de la enfermedad el 28 de octubre. Y tambi n murieron los sacerdotes, don Francisco Posadas Gordillo y don Manuel Rodríguez.

#### ESTUDIO DE LA EVOLUCIÓN DE LA ENFERMEDAD

La estad stica que hemos realizado permite conocer cuál fue la evolución de la epidemia y sus estragos, a través del n mero de fallecimientos que se producía cada día. La epidemia, en Guía, tuvo altibajos, con jornadas en que las muertes se elevaron hasta 9 y otras en que sólo se producía una o dos. Incluso, siempre a juzgar por los asientos del Libro de Defunciones de la Parroquia, hubo días en que, aparentemente, no se registraron.

Pero está claro que, después de octubre en que se contabilizaron 91 fallecimientos (con jornadas en que hubo ocho, siete y seis), fue noviembre el que registra un mayor n mero de bajas, con 106. Aqu  hubo un día, concretamente el 20 en que fueron nueve, cifra que tambi n registró el 2 de diciembre, mes en que las muertes bajaron a 60, pues se advierte una disminución de los efectos y estragos de la epidemia. En enero de 1812, entre el 3 y el 8 en que prácticamente se dio por finalizada la enfermedad, murieron 6 personas.

A partir del 8 de enero, comienza a firmar las partidas de defunción el cura don Juan Suárez Aguilar y la epidemia se presiente remitida, pues los fallecimientos son más espaciados.

Por ejemplo, después del asiento de una defunción, fechado el citado 8 de enero de 1812, le sigue el de 9 de marzo. De todas formas es de notar un recrudecimiento en el mes de mayo, a juzgar por el elevado n mero de personas que mueren entre el día 8 y el 10: cinco. Demasiadas si se piensa en lo muy diezmada que quedó la poblaci n y en que, en época normal, las defunciones no se producen con tanta frecuencia.

Además, a partir del 8 de enero ya no se escribe en el Libro de Defunciones, "En el cementerio de la Atalaya" que era donde se sepultaba a los que morían de la epidemia o sospechoso de ella, sino que se generaliza y se especifica, "en el cementerio de esta villa", pues como tal cementerio qued  después de la plaga, al quedar expresamente prohibido durante y después de ella que ya nadie se sepultase en las iglesias. Y esto tambi n se llevó a cumplimiento en Guía.

Como simple dato complementario, veamos el n mero de fallecimientos que se producen en los meses siguientes al de mayo de 1812: en junio, 8 personas; en julio, 5; en agosto, 3; en septiembre, 8; en octubre, 6; en noviembre, 15, concretamente entre los días 4 y 16 de dicho mes. Debi  recrudecerse la epidemia, aunque no con tanta virulencia y, desde luego, ya controlada sin miedo de propagación, pues el pueblo se somet  a las  gicas medidas sanitarias para su fumigación. NOTA: TEXTO EXTRAÍDO DEL LIBRO DE PEDRO GONZ LEZ-SOSA "GUÍA DE GRAN CANARIA: PRIMERO VILLA Y DESPUÉS VCIUDAD" (Publicación con motivo de la conmemoración del 125 aniversario de la concesión del título de Ciudad)

Transcripción: Antonio Aguiar Díaz